

Invasión en el Puerto de Plata^(*)

Aclaración necesaria

Lo primero que perdimos fue la esperanza. Después escuchamos el disparo y, simultáneamente, vimos el descendente rayo de luz y las cenizas, desvaneciéndose en el aire, del hombre que había presionado el gatillo del revólver. A continuación fueron impactados otros compueblanos; el templo donde se ocultaban y las casas contiguas ardieron.

Los diarios continúan publicando la noticia que se trató de un incendio; pero admiten que fue un incendio extraño. No obstante, no han aceptado como válidas las declaraciones de los pocos sobrevivientes ni mi reportaje, a pesar de que yo había pertenecido al staff de *El porvenir*, y gozaba de la credibilidad que me otorgaba haber sido el pastor evangélico de la comunidad. Insisten en que

^(*) Reportaje que aparecería en el vespertino *El porvenir*, pero que, debido a la censura de su director, doctor A. C. Lindbergh, el autor solicitó se diera a conocer en las páginas de esta revista (nota de la Dirección de *Sin Fronteras Siderales-Revista de Variedades*).

Nan Chevalier

Nació en Puerto Plata, República Dominicana, en 1965. Ha publicado *Las formas que retornan* (poemas), Búho, 1998; *Ave de mal agüero* (poemas), Letra Gráfica, 2003; *La segunda señal* (cuentos), Letra Gráfica, 2003; *Ciudad de mis ruinas* (novela), Letra Gráfica, 2007; *El hombre que parecía esconderse* (novela), Alfaguara, 2014; *El domador de fieras y otros nanorrelatos* (minificción), Editora Nacional, 2014; *La recámara aislante del tiempo* (cuentos), Búho, 2014; *Viaje sin retorno desde un puerto fantasma* (novela), Búho, 2015. También *Pasión analítica. Apuntes sobre escritores dominicanos e hispanoamericanos*, Fondo Editorial Unapec, 2016; *Espectros diurnos* (poesía), Búho, 2016; *Payaso al caer la tarde* (novela), Amargord, 2017; *En tránsito. Antología de la cuentística dominicana actual (1970-2017)*, Amargord, 2017; y *Presas de la inmediatez* (poemas), Editorial Funglode, 2017. Es director del Departamento de Español de Unapec.

las llamas que calcinaron casas y edificios fueron provocadas por los efectos de la anunciada tormenta solar. Sostienen que la radioactividad recargó el fluido eléctrico y que los artefactos domésticos iniciaron el fuego. Pero los que estuvimos allí, los sobrevivientes de la masacre, conocemos la verdad. Mi mano mutilada, pero sin cicatriz, y mi piel chamuscada, en la que crecen bellos con el grosor de la crin de los caballos, serían suficientes para darnos la razón, para que la prensa aceptara que algo más terrible que una tormenta tuvo lugar en aquella comunidad violenta y remota, antes olvidada, ahora sarcásticamente burlada. Parece que no hay manera de convencer al mundo de la experiencia trágica que hemos padecido; y de que no actuamos con miedo, sino que fue precisamente un exceso de gallardía (el disparo de un borracho), lo que provocó la destrucción de las dos cuadras.

Ahora que hasta *El porvenir* tilda de locura mis declaraciones y que Charles, el hijo del jefe de redacción, no aparece (aun así, su propio padre sugirió que ha huido para escapar de sus deudas económicas); ahora lo único que puedo hacer es dar a conocer la historia por esta vía, en una suerte de reportaje a posteriori, por si un día (¡Dios no lo quiera!) se repitiera.

Gracias, pues, a *Sin Fronteras Siderales* por la apertura de pensamiento y la fe en mis palabras. ¡La gloria es del Señor!

La calma alterada

Como muestran las imágenes, el pueblo está enclavado en la ladera norte de la montaña

que se erige a espaldas del puerto. Si se fijan bien, notarán que al frente se expande como pradera de agua el Océano Atlántico. Y descubrirán que las sombras proyectadas por la montaña a esa hora no son suficientes para teñir las nubes por completo (cosa que ocurrió durante la tarde macabra), por más que estuviéramos en invierno (la foto No. 2 fue tomada una tarde de diciembre del año anterior. A pesar de la lluvia inminente, es notable la claridad del día).

En el templo, yo pronunciaba mi sermón sabbatino ante la concurrencia. Era una tarde más, con escasas nubes en el firmamento, mientras en tierra, reinaba la tranquilidad tensa que suele perdurar en los pueblos pequeños habitados por exmilitares. A pesar de todo, dentro y fuera del templo el ambiente terrenal permanecía apacible cuando los eventos llegaron desde el cielo; todo: la oscuridad, los destellos con apariencia de auroa boreal; los objetos, en principio borrosos, de movimientos indescifrables.

Detuve mi prédica y salí de la edificación, seguido de cerca por mi amigo Charles Lindbergh y por la muchedumbre de hermanos de fe.

A las cinco de la tarde el cielo ennegreció. Nunca lo habíamos contemplado con esas características: oscuridad interrumpida por ráfagas eléctricas y eventuales formaciones alargadas como las de los relámpagos. Admito que, durante los primeros minutos, antes de que el pánico se apoderara de los compueblanos (pánico generalizado que contó con una desgraciada excepción), también nosotros creíamos que se trataba de



los efectos de la tormenta solar, anunciada en *El porvenir* “de poco peligro para el hemisferio sur y las islas del Caribe”. Pero cuando las tinieblas se desplazaron sobre cielo y edificaciones, presentimos, sin dejar de mirar el firmamento, que una tormenta solar no cubriría el espacio de sombras; antes, al contrario: debería iluminarlo, resultado necesario de la radiación atómica (la foto No. 3, tomada con el flash activado, también es de mi autoría; muestra la preocupación de la gente. En la acera frente al colmado –a la derecha del templo– se observa a cuatro hombres jugando dominó. Del bolsillo izquierdo del de las botas militares emerge

–es un brillo apenas, provocado por el impacto del flash contra el metal del arma– un revólver. Pido que se detengan, además, en la fila de cervezas colocadas como trofeo de bebedores al pie de la mesa, duplicadas por la luz de un farol).

Nada más ocurrió, en el cielo, durante varios minutos. Pero en tierra la intrepidez fue desplazando el precavido encogimiento inicial. Algunos feligreses entraron a sus casas para guardar la Biblia y retornar equipados con viejos binoculares de guerra, con los que observaban el firmamento buscando explicaciones en la ennegrecida tarde de luna rojiza. Fue en ese momento cuando el exsargento de la mesa de dominó mostró su agresivo revólver.

Instintivamente, activé la videograbadora que otrora perteneció al vespertino y, luego de orar invocando a Job 10:9, empecé a registrar las variaciones en el cielo. Nos acostumbrábamos a la negrura del atardecer cuando (¡oh, Dios! ¡Oh, Dios mío!) surgieron los primeros objetos desde la montaña que se eleva a espaldas del puerto. Veloces, con ininterrumpidos movimientos zigzagueantes, las naves surcaron el viento. Una, dos, tres emergieron al unísono. En un instante desaparecieron, para luego reaparecer, ya no tres, sino decenas, estáticas en el aire, alineadas a poca distancia unas de otras en dirección a donde sale el Sol. Los artefactos eléctricos empezaron a fallar (he aquí la foto No. 4, la última que pude tomar: un televisor recién explotado. Noten aquí, en este dibujo de días más tarde, un abanico derretido; y el plástico enroscado con el metal que antes fue mi teléfono).

El advenimiento del pánico

Los hermanos de fe enmudecieron; sólo se escuchaban murmullos de fascinación. Desde las naves no se percibía ni el mínimo sonido. Hasta que un zumbido ensordecedor, una suerte de onda magnética que atacara el oído, se expandió por el aire, y caímos de rodillas. Pasamos de la fascinación al pánico; habíamos perdido la esperanza, aunque aún las edificaciones permanecían intactas.

Tras una coordinada explosión de luces, los objetos iniciaron el recorrido. No se desplazaban de la forma en que conocemos el movimiento; las veíamos durante milésimas de segundo Este-Oeste y desaparecían sin dejar rastro, para reaparecer en otro punto, Norte-Este-Sur-Oeste, como si dejaran de existir para materializarse en un segundo plano insospechado. Charles y yo llegamos a contar más de treinta...

Aun atontados por el zumbido de momentos antes, logramos ponernos de pie y huir. El cielo era una silenciosa tormenta violeta. La gente escapaba al interior de casas y edificios. Sólo el sargento jubilado, envalentado por los tragos y el revólver protectores, continuaba a la expectativa, hurgando la oscuridad atravesada por rayos y globos incoloros.

Dos de las naves reaparecieron encima del edificio en que Charles y yo nos ocultábamos. Ningún ruido, ni siquiera el zumbido que antes nos había postrado, haciéndonos perder la esperanza, aunque no la fe. Para que la Todopoderosa mano de Dios recordara

que éramos sus hijos, oré: "Acuérdate que me amasaste / ¿y ahora me harás volver al polvo?" Ante la calma tranquilizadora, empezaba a creer que las plegarias habían sido escuchadas, y que lo peor había pasado.

Sin embargo, las imágenes del horror ni siquiera habían empezado. Sonó el disparo y, simultáneamente, un destello de incandescente luz iluminó el espacio en un radio de más de quinientos metros (la imagen No. 5, que es un dibujo, da fe del instante atroz). Después del estruendo y fuego iniciales que produjo la luz descendente, esa misma luz se fue desgajando en innumerables pequeñas luces de aproximadamente un metro cada una. Caían lentas, semejantes a globos de helio que subieran hacia abajo, mientras casas, templo y edificios ardían. Aterrorizadores chasquidos emergían desde las bolas cambiantes, destellos similares a los de los cables eléctricos al entrar en contacto con el agua. Sólo cuando estuvieron a la altura de quince metros Charles (que todavía no se había desvanecido) y yo notamos el movimiento dentro de los círculos: los globos tenían vida; pero ya no contábamos con tiempo para escapar.

(Escribo la palabra "escapar" consciente de mi exageración. ¿Quién puede huir de fuerzas descomunales que ni siquiera entiende? ¿Cómo enfrentar con vulgares revólveres y videograbadoras la energía cósmica de una civilización desconocida?)

Lo peor empezó cuando vimos que los globos fueron metamorfoseándose en figuras

humanoides, y que cada una de esas formas, similares, como clones, estaba rodeada por un aura eléctrica. De sus ojos emergían rayos rojizos y, allí donde las figuras se posaban, el espacio se iluminaba con resplandor apocalíptico. Durante los últimos instantes del descenso todas las figuras, como si estuvieran sincronizadas, miraron hacia una esquina de los globos y éstos se abrieron en coordinación. Un globo descendió a dos metros de la ventana en que Charles y yo nos resguardábamos. Me agaché instintivamente halando a mi amigo por un brazo. Un destello se estrelló sobre la ventana y el brazo de Charles se desprendió. No he tenido valor para realizar ese dibujo grotesco.

La desesperanza

Tontamente me pregunté por qué no podía tratarse de una invasión pacífica, y atribuí a un accidente lo sucedido a Charles. ¿Por qué suponer que más allá del sistema solar debían existir seres de comportamiento salvaje? —me dictaba la desorientación en el momento en que el brazo de Charles Lindbergh colgaba en mi mano—. Pero la fe, y ya no sólo la esperanza, se esfumó cuando otra onda eléctrica provocó que explotaran los últimos artefactos domésticos. Sentí cuando cayó, a dos pasos de mí, una señora que insistía en llamar a la Policía. El teléfono móvil se incrustó en su rostro formando parte de él, haciéndole brotar ojos y nariz en una escena espantosa.

Hubo otro silencio. Me incorporé y observé a través de una rendija que los globos ascendían

atestados de hermanos del pueblo; eran recibidos en las naves y se ensamblaban en una nave nodriza... Y de nuevo el silencio absoluto, hasta que, tras una nueva explosión de luces, la nave matriz se movió en círculos sobre el Atlántico y resurgió en el Oeste para al final desvanecerse detrás de la montaña.

A manera de reflexión

Qué fácil, y sádico, es que todavía hoy A. C. Lindbergh, el padre de Charles, afirme en *El Porvenir* que se trató de un incendio, provocado por la radiación solar. Qué malsano es subrayar que ni siquiera el exsargento derribó, para presentarlo como prueba, un engendro invasor. Qué despiadada conducta es plantear que Charles-hijo suele perderse por períodos indefinidos y que mi reportaje es la versión alucinada de un antiguo miembro de *El Porvenir* "que buscó refugio en la religión". Y aunque ya no puedo usar la palabra esperanza, sí es válido afirmar que el mundo no debe mantenerse ajeno a lo que pasó en el Puerto de Plata aquel atardecer, que el planeta alguna vez reconocerá como evidencias las mutilaciones sin cicatriz, la crin de caballo de los nuevos hijos del pueblo, las luces que alguna vez habrán de parpadear desde atrás de la montaña. ¡Que Dios nos proteja!

